

por medio de varas de hierro acodilladas y movibles que podían ser aplicadas á la parte enferma. Al cabo de algún tiempo, más ó menos largo, un pariente, casi siempre una mujer, sentíase atacada de convulsiones, gritaba y lloraba, ó reía sin poder contenerse, produciéndose entonces por contagio iguales crisis en los demás. En 1784, Mesmer se hallaba en plena boga y se funda en París una sociedad de «la Armonía» con hijuelas en Burdeos, Lión, Estrasburgo y en otras partes, que difunde el mesmerismo. El marqués de Puységur hace experimentos en Buzancy, cerca de Soissons, con los labriegos, y su hermano, el coronel de Puységur, en Bayona, con sus soldados; y el primero vió cómo los individuos á quienes magnetizaba se dormían y, en este estado, contestaban á sus preguntas, interpretaban sus pensamientos y obedecían su voz, sus gestos y su voluntad, todo lo cual era la revelación del hipnotismo. La Academia de Ciencias nombró una comisión, de la que formaban parte Franklin y Lavoisier, para que estudiase los hechos invocados por Mesmer, la cual comisión opinó que estos hechos se explicaban naturalmente por la imitación ó, como diríamos ahora, por la sugestión.

Al mismo tiempo Gall, el inventor de la frenología, explicaba las facultades de un individuo por la configuración de su cráneo, y Lavater, el inventor de la fisiognomía, leía en los rasgos de la cara el carácter, el pasado y el porvenir de un hombre, y afirmaba ser una reencarnación de Cristo. Gran número de creyentes y de escépticos fueron desde Francia á visitar á ese nuevo Mesías en su casita de Zurich.

IV. — La enseñanza y las aplicaciones de las ciencias

Mientras operaban esos místicos y charlatanes, nacía en Francia la enseñanza científica, aunque fuera de las universidades, incapaces de darla, pues las facultades de derecho no eran más que «almacenes de pergaminos» que distribuían grados sin exigir estudios; las de medicina se atenían á Hipócrates y á Galeno y nada querían saber de las ciencias nuevas, y las de artes estaban llenas de «pedantes de aspecto sucio y miserable» que «dictaban» resúmenes y temas.

En el colegio de Francia, á partir de 1772, varias cátedras fueron transformadas en cátedras de astronomía, de química, de mecánica, de física experimental y de historia natural, cuyos cursos estuvieron muy concurridos; y en el Jardín del Rey, Buffón organizó la enseñanza de la química, de la botánica y de la astronomía. El Estado creó en 1778 la Escuela de mineralogía docimástica y en 1783 la escuela de minas y reformó en 1784 la Escuela de puentes y calzadas; y en todos estos institutos, á los que hay que agregar la Escuela de ingenieros de Mezieres, sabios de primer orden enseñaban geometría, mecánica y ciencias experimentales. Los intendentes y los gobernadores fundaron cursos en las principales ciudades de las provincias para propagar los principios, los procedimientos y las aplicaciones de las ciencias.

La iniciativa privada secundó al gobierno. En París, la logia masónica de las Nueve Hermanas fundó la Sociedad Apolonia que poco después adoptó el nombre de Museo, adonde literatos, sabios y aficionados acu-

dían á leer sus ensayos. Mayor éxito tuvo aún el Museo científico de Pilatre de Rozier, inaugurado en 1781. Con las subscripciones que recogió en la corte y en la alta sociedad, Pilatre fundó laboratorios y colecciones y organizó la enseñanza de las matemáticas, de la física, y de la química, de anatomía, de las lenguas vivas, de la geografía y de la historia. Cuando murió en 1785, en una tentativa para cruzar en globo el Canal de la Mancha, su Museo, transformado, convirtióse en el Liceo, siendo entonces cuando mayor fué su acción.

La Sociedad real de medicina, fundada por Lassonne y Vicq d'Azir, luchó contra la rutina de la Facultad con sus trabajos de física, cirugía, anatomía y física médica.

Las diversas aplicaciones de las ciencias maravillaban al público. Varios exploradores acababan de determinar el aspecto general del globo (1).

Cassini de Thury terminó la triangulación del territorio de Francia y levantó el mapa de éste á la escala de 1/86.400; perfeccionáronse las costas marinas, construyéronse cronómetros de precisión que permitían determinar exactamente las longitudes en el mar, y Lalande y Mechain continuaron el *Recueil de la Connaissance des temps* (Colección del Conocimiento de los tiempos) que prestaba á la navegación incalculables servicios.

Iniciábase entonces la conquista del aire. En 1782, un parisiense, Blanchard, había intentado inútilmente volar con un aparato provisto de alas parecidas á las de los pájaros; pero el año siguiente, en 5 de junio, dos fabricantes de Annonay, los hermanos José y Esteban Montgolfier, consiguieron hacer subir por los aires un

(1) El aspecto general del globo ha sido determinado por las exploraciones marítimas de aquella época, todas las cuales tienen un carácter científico. Muchas de ellas tuvieron por objeto probar una opinión muy corriente entre los sabios de la Edad media y los navegantes del siglo XVI, concerniente á la existencia de un continente austral que se conceptuaba necesario para contrabalancear la masa de las tierras acumuladas al Norte del Ecuador. Los ingleses enviaron, á las órdenes del capitán Cook, tres expediciones (1768-1771, 1772-1775, 1776-1779), de las cuales las dos primeras demostraron de un modo perentorio que no había otras grandes tierras entre el Ecuador y el grado 60 y que más hacia el Sur estaban el banco de hielo antártico y los hielos que de él se desprenden. Cook, entretanto, determinó la posición de las costas de Nueva Zelanda y descubrió una porción de archipiélagos; fué asesinado en las islas de Hawai por los indígenas, durante su tercer viaje, al regreso de una tentativa hecha para descubrir la vía marítima de Asia á Europa por el Norte de América.

Bougainville fué el primer oficial de la marina francesa que dió la vuelta al mundo en un buque del rey. Partió de Saint-Malo, en 1766, á bordo de la fragata *Boudeuse*, que mandaba, y pasando por el cabo de Hornos navegó en línea recta á través del mundo de islas del Pacífico. En abril de 1768 visitó Tahití ó la Nueva Citerca, como él la llama, y determinó la posición de la isla de los Navegantes (Samoa) y de las Grandes Cícladas (Nuevas Hébridas de Cook). Descubrió el archipiélago de la Luisiada y por el cabo de Buena Esperanza regresó á Saint-Malo, en noviembre de 1769. Otro oficial de la marina real, La Perouse, exploró la costa de Asia entre el Japón y el mar de Okhotsk y demostró que Sakhalín era una isla navegando alrededor de ella (1788). A partir de aquel momento no se tuvo ninguna otra noticia de la expedición; en 1837 fueron encontrados los restos de sus buques en las inmediaciones de Vanikoro, una de las Pequeñas Hébridas. A fines del siglo XVIII, el mundo oceánico era casi totalmente conocido; sólo faltaba descubrir el interior de los grandes continentes, Asia, África y América.

globo de tafetán, debajo del cual habían encendido un fuego de paja. El físico Charles imaginó reemplazar el aire caliente por el gas hidrógeno, mucho más ligero, cerrar el aparato aerostático por medio de una válvula y hacer impermeable la tela impregnándola de un barniz; y el 27 de agosto, en el Campo de Marte, procedió al lanzamiento de su globo. Pero el montgolfier de aire caliente apasionaba á la opinión. Esteban Montgolfier recibió un premio de la Academia de Ciencias, y el 16 de septiembre, en el gran patio del palacio de Versalles hinchó y lanzó, en presencia del rey y de la reina, un aerostato de cuarenta mil pies cúbicos del que pendía una cesta en la cual había colocado un carnero, una gallina y un pato. Habiéndose demostrado en varias pruebas que la ascensión no dañaba á los animales, Pilatre de Rozier y el marqués de Arlande resolvieron colocarse ellos en la «barquilla» suspendida del buque aéreo y conservar el fuego que proporcionaba á éste el aire caliente, y el día 21 de noviembre atravesaron el Sena, yendo á caer en los nuevos bulevares de París. Charles tomó el desquite del montgolfier, elevándose en 1.º de diciembre con un compañero en un globo lleno de hidrógeno y descendiendo sin novedad cerca de Nesle en Picardía. En 1784, Blanchard cruzó la Mancha, desde Douvres á Calais, y aunque Pilatre de Rozier y Romain perecieron queriendo realizar esta misma hazaña, no por esto dejaron de multiplicarse los experimentos aerostáticos en Francia y en el extranjero.

Dionisio Papin había descubierto en el siglo anterior la acción del vapor como fuerza motriz; el inglés Newcomen, en 1705, hizo la primera aplicación industrial de esta fuerza en una máquina imperfecta; y en 1765 Jaime Watt inventó el condensador y más tarde el paralelogramo articulado, invento que permitió transformar la metalurgia, la hiladura y el tejido y aseguró á Inglaterra la supremacía industrial.

Los franceses fueron los primeros que pensaron en aplicar el vapor á la tracción. El «carronato» construído en Nancy por Cugnot pareció, después de ensayado en París, imposible de dirigir; pero el barco con ruedas de Jouffroy d'Abbans (1), oriundo del Franco Condado, navegó una vez en el Doubs, en 1776, y otra en el Saona, en Lyon. Desgraciadamente Jouffroy no tenía dinero y no pudo proseguir sus experimentos, de los cuales se aprovechó más adelante el americano Fulton.

Franklin había descubierto el pararrayos en 1760 y él y el abate Nollet consiguieron transmitir la corriente eléctrica por medio de alambres y combinaron interrupciones que, según su duración, correspondían á las letras del alfabeto, lo que casi equivalía á descubrir el telégrafo.

En todas partes reinaba gran actividad científica.

Berthollet, Chaptal, Argant y Quinquet transformaron la industria cerámica, el arte de la tintorería y el alumbrado; el teniente de policía Sartine reemplazó en las calles de París los antiguos faroles con reverberos, es decir, las candelas con lámparas de reflector; y en 1786 Leblón había descubierto el principio del gas de alumbrado.

La higiene preocupó á los sabios y á la administración.

(1) Nacido en 1751, fallecido en 1832.

Los cementerios situados dentro ó alrededor de las iglesias, las cloacas descubiertas, los bañales mal construídos, los urinarios instalados en los vestíbulos de las casas, los mataderos al aire libre y los talleres de descuartizadores apestan el aire; y los parisienses no tenían más agua que la que veinte mil aguadores iban á sacar del Sena. Buscóse la manera de cubrir las cloacas, se ensancharon las calles y se quitaron de los puentes de París los escombros que impedían la circulación del aire; la Academia de Ciencias insistió en la necesidad de no tolerar en la ciudad mataderos ni calderas para la fusión de los sebos; y el gobierno prohibió las inhumaciones en las iglesias y en el interior de las poblaciones y para surtir á París de agua potable trató con Daxirón y Perier, quienes se encargaron de instalar en Chaillot una bomba que elevó el agua del Sena y la distribuyó canalizada y filtrada. Los sabios y los filósofos se congratulaban de tantos servicios prestados á la humanidad:

«No es indispensable — dijo Lavoisier — para merecer bien de la humanidad y para pagar su tributo á la patria ser llamado á funciones públicas y brillantes que cooperan á la organización y á la regeneración de los imperios. También el físico puede, en el silencio de su laboratorio y de su gabinete, ejercer funciones patrióticas y aspirar con sus trabajos á disminuir la masa de los males que afligen á la especie humana y á aumentar sus goces y su felicidad; y aunque por los nuevos caminos que se ha abierto sólo hubiese contribuído á prolongar algunos años, algunas horas siquiera, la vida de los hombres, podría aspirar también al título glorioso de bienhechor de la humanidad.»

CAPÍTULO III

LOS SALONES Y LA PRENSA

I. Los salones y los clubs. — II. Los periódicos y los folletos

I. — Los salones y los clubs (2)

Las letras, las artes, la filosofía y las ciencias eran admiradas en los salones en donde constituían los principales temas de conversación.

Después de la muerte de la señorita de Lespinasse y

(2) FUENTES. La mayor parte de las *Memorias* de la época. Grimm, *Correspondance littéraire*; Obras del marqués de Mirabeau ya citadas. Garat, *Mémoires*, París, 1829, en el tomo I. Mounier, *De l'influence attribuée aux philosophes, aux francs-maçons et aux illuminés sur la révolution française*, Tubingen, 1801. Manuel, *La police de Paris dévoilée*, 1791, 2 vol.

OBRA DE CONSULTA. Feuillet de Conches, *Les Salons au XVIII^e siècle*, París, 1883. Scherer, *Melchior Grimm*, París, 1857. Desnoiresterres, *Voltaire et la société française au XVIII^e siècle*, París, 1867-76, 8 vol. De Lomenie, *Les Mirabeau*, París, 1875. D'Haussonville, *Le salon de Madame Necker*, París, 1882, 2 vol. Aubertin, *L'esprit public au XVIII^e siècle*, París, 1873, 2.ª edición. De Lescure, *Rivarol et la société française pendant la révolution*, París, 1883. Martineau, *Bergasse*, Limoges, 1907. Amiable, *Une loge maçonnique avant 1789: la loge des Neuf Sœurs*, París, 1896. Gros, *Les loges maçonniques de Toulouse, de 1740 á 1870*, en «La Révol. française», 1910. Clavel, *Histoire de la franc-maçonnerie et des sociétés secrètes anciennes et modernes*, París, 1844. C. Guerin, *Les francs-maçons et la magistrature française au XVIII^e siècle* («Revue des questions historiques», t. XVIII).

la de la señora de Geoffrin, acaecidas en 1776 y 1777 respectivamente (1), el salón más célebre fué el de la señora de Nécker, la cual recibía á escritores, publicistas y académicos, como Grimm, Thomás, Marmontel, Raynal y Suard, y á extranjeros de nota, como Beccaria, el abate Galiani y los embajadores de Nápoles, Inglaterra y Suecia, Caracciolo, Stormont y Creutz. Los viernes sentaba á su mesa á quince ó veinte personas y después de la comida pasábase la noche en conversaciones, música y representaciones teatrales cortas. La dueña de la casa poseía el arte de provocar discusiones interesantes, de hacer brillar á los hombres de talento y de agrandar á todo el mundo, y se dedicaba á captarse las simpatías para ponerlas al servicio de la gloria de su esposo. A casa del editor Panckoucke iban literatos y hombres de ciencia; á la de la señora de Suard, esposa del académico, literatos también, especialmente los jefes del partido filosófico y artistas; y á la del abate Morellet, los domingos, músicos, compositores y escritores, entre ellos Gretry, Gluck, Delille y La Harpe.

Los grandes señores y los príncipes de la sangre recibían con agrado á los escritores en París y en los castillos. La amante del conde de Provenza, señora de Balbi, hacía que éste se encontrara en su casa con diplomáticos y gentes del gran mundo; la señora de Montesson, esposa morganática del duque de Orleans, invitaba á jugar y á comer y hacía representar comedias muy ligeras; en el Palais Royal, el duque de Chartres tenía por comensales á publicistas; la duquesa de Anville, ninfa Egeria de Turgot, atraía á filósofos y economistas al lado de su hijo, el duque de Liancourt; la señora de Castellane recibía á Mably, á Malouet y á Forbonnais, el economista antifisiócrata, y las señoras de Boufflers y de Tessé reunían á los enemigos «del absolutismo» y «de la arbitrariedad.»

Los literatos tenían también entrada en ciertos salones diplomáticos, como el de la hija del mariscal Levis casada con el enviado de Nápoles, Spínola, y sobre todo el de la hija de Nécker, que, en 1786, se casó con el embajador de Suecia, el señor de Stael-Holstein. Esta última dama, muy joven, fea y poco elegante, pero que tenía unos ojos preciosos y estaba dotada de gran talento, recibía al grupo de amigos y clientes de su padre.

Los banqueros imitaban el ejemplo de los grandes señores: Grimod de La Reyniere recibía en su palacio de los Campos Elíseos á literatos, músicos, cantantes y pintores, como Piccini, Garat y la señora de Vigee-Lebrún; y la viuda de Helvetius reunía en Auteuil á los más atrevidos ideólogos y á algunos de los futuros jefes de la Revolución, como Cabanis, Volney, Condorcet y Mirabeau.

La francmasonería era en aquella sazón una agrupación de hombres de mundo y de espíritus ilustrados. Nacida de una imitación vaga de las sociedades de artesanos de la Edad media y propagada en Francia por los ingleses, contaba aquí, en 1740, con doscientas logias. Eran éstas sociedades de beneficencia y de recreo que vegetaban; pero á partir de 1772 las vemos animadas del espíritu filantrópico de la época y acababan por ponerse de moda bajo la dirección del duque de Chartres, gran maestro, y del duque de Luxemburgo, administra-

(1) Véase pág. 96.

dor general. Las logias se federan, eligen un consejo director, el Gran Oriente, hacen una propaganda activa y llegan á ser setecientas. Sus adeptos pertenecen á las clases de escritores, sabios, artistas, magistrados, grandes señores y hasta el mismo clero: Voltaire, Franklin, Helvetius, Lalande, Cabanis, Greuze y Houdón están afiliados á las logias de las Nueve Hermanas; La Fayette y el marqués de Bouillé, á la del Contrato Social, y el conde de Artois forma parte del Gran Oriente.

La francmasonería se extiende también por las provincias, fundándose en Tolón, en Burdeos, en Grenoble y en Dijón y en otras muchas ciudades logias en donde las gentes de la clase media se encuentran con miembros de la aristocracia.

Las mujeres son admitidas en las «logias de adopción,» pero tienen sus logias aparte, de las cuales es gran maestra la duquesa de Borbón; la princesa de Lamballe, la duquesa de Chartres, las duquesas de Luynes y de Brancas, las marquesas de Rochambeau y de Bouillé y las condesas de Polignac, Brienne, Choiseul-Gouffier, Lomenie y Nicolai son «oradoras,» secretarias, inspectoras, limosneras ó simples hermanas.

Las logias no son adversarias de los poderes constituidos y la mayoría de ellas son, según la definición de Grimm, «academias, liceos, clubs, salas de baile ó de banquetes;» lo mismo festejan la llegada de Voltaire á París, que el parto de la reina, y hacen decir misas conmemorativas. Las opiniones difieren de una logia á otra y aun de uno á otro «hermano.» Algunos adeptos se han sentido atraídos á la francmasonería por el ceremonial dramático de las iniciaciones y de las recepciones; otros por el espíritu de filantropía y de caridad y muchos por la esperanza de que las asociaciones masónicas conciliarán la razón con la fe, la libertad con la autoridad y la igualdad con las distinciones sociales.

Otras asociaciones tenían un carácter político. *El Club de los Americanos*, inaugurado en 1785, se llamó así porque sus miembros habían de ser propietarios en las colonias y aunque en apariencia se ocupaba en mejorar los cultivos coloniales, propagaba las ideas de libertad. La *Sociedad de los amigos de los negros*, fundada en 1786 por el periodista Brissot y de la que formaron parte Mirabeau, Sieyes, Pitió y Hérault de Sechelles, proponíase á la vez emancipar á los negros y establecer en Francia una monarquía á la inglesa. El *Club constitucional*, que comenzó á funcionar en 1785, se componía de parlamentarios, como d'Eprenesnil, Saint Vincent y Dupont, y de revolucionarios, como La Fayette, Mirabeau y Condorcet, y fué una especie de comité central que preparó las elecciones para los Estados generales (2).

La más activa y famosa de las sociedades políticas de aquella época fué la que se reunía en el palacio del banquero Kornmann; allí Sabatier y d'Eprenesnil hablaron de «desborbonizar» la Francia en provecho de la Toga; allí expusieron Mirabeau y La Fayette la teoría de la monarquía constitucional; y allí Claviere y Brissot pronunciaron la palabra República. Entre los asiduos concurrentes á aquella casa figuraban Bergasse y Mirabeau.

Bergasse era un lyonés místico, bilioso y sediento de

(2) El famoso Club del Entresuelo no era más que una pequeña academia libre de literatos y hombres de la alta sociedad.

reclamo; abogado de Kornmann en el proceso que éste siguió contra su mujer por adulterio, denunció como cómplice á Le Noir y á Beaumarchais, que entonces escribía á sueldo de Calonne, y ello le dió ocasión para atacar á la policía y al ministerio y para convertir las defensas del marido en acusaciones contra el gobierno. Kornmann perdió el proceso, pero Bergasse ganó gran fama de elocuente.

Gabriel Honorato Riquetti, conde de Mirabeau, descendía de una antigua familia provenzal ruda, apasionada é inteligente, y era célebre por las locuras de su juventud, por las diez y siete reales órdenes de prisión que contra él había obtenido su padre (1), el *Amigo de los hombres* y el tirano de los suyos, por sus largos encarcelamientos, uno de ellos de tres años y medio en Vincennes, y por el proceso escandaloso que había seguido contra su esposa ante el Parlamento de Aix. Cuando salió de Vincennes en 1781, revelóse en un libro sobre las *Letras de cachet y las Prisiones d'Etat (Reales ordenes de prisión y las Prisiones de Estado)* como escritor vigoroso y maestro en el arte de emocionar y de vencer. En casa de Kornmann encontró banqueros y publicistas que completaron su educación política. Estaba convencido de su valer y ambicionaba representar un gran papel; pero ávido de placeres y falto de recursos, por negárselos su padre, veíase obligado á buscar ocupaciones lucrativas. Bien es verdad que defendía por dinero las opiniones que habría defendido por gusto ó por deber; «se hacía pagar para sostener lo que pensaba.» Sus Memorias contra la Caja de descuento, el Banco de San Carlos y la Compañía de Aguas, pagadas probablemente por los adversarios de estas sociedades, pusieron al público en guardia contra el agiotaje; y su campaña contra el emperador José II que quería enriquecer los Países Bajos austríacos á costa de la misma Holanda, abriendo de nuevo la navegación del Escalda, fué la campaña de un político y de un patriota.

II. — Los periódicos y los folletos; los periodistas y los libelistas (2)

La influencia de los salones y de aquellas diversas sociedades que se dejaba sentir sobre un público limitado, no puede compararse con la de la prensa que alcanzaba á todo el mundo.

A los periódicos antiguos, como la *Gazette de France*, habíanse añadido muchos otros: *Gazette des Tribunaux*, *Journal de médecine*, *Journal de physique*, *Bibliothèque universelle des romans*, *Mercur de France*, *Année littéraire*, *Journal de la littérature, des sciences et des arts*, *Annales politiques, civiles et littéraires*, *Journal français*, *Nouvelles ecclésiastiques* y periódicos de teatros, de señoras, de agricultura, etc., mensuales unos, semanales otros y otros bisemanales. En 1777, un químico, un poeta y un publicista fundaron el primer diario, el *Jour-*

(1) Véase pág. 160.

(2) OBRAS DE CONSULTA: Hatín, *Histoire politique et littéraire de la presse française*, t. III, París, 1859. Del mismo, *Bibliographie historique et critique de la presse périodique française*, París, 1866. Cruppi, *Un avocat journaliste au XVIII^e siècle*, Linguet, París, 1895. Lebréton, *Rivarol, sa vie, ses idées, son talent*, París, 1895.

nal de Paris, al que el editor Pankoucke dió por competidor el *Journal de politique et de littérature*.

El periódico *L'Étranger* daba á conocer las literaturas extranjeras; *Le Courrier de l'Europe*, redactado en Londres, reunía las correspondencias de los cincuenta y tres periódicos londinenses, y algunos periódicos franceses publicados en Leyden, en Amsterdam, en Cléveris y en dos Puentes, eran leídos en los cafés de París; la *Gazette de Leyde*, especialmente, tenía una buena información.

Todas las polémicas de la época se agitaban en la prensa. El *Mercur*, que tenía quince mil subscriptores, era el amigo de los Filósofos, de quienes fué Frerón el enemigo encarnizado en *L'Année littéraire* y á quienes Palissot «sangraba y purgaba,» como decía él, en el *Journal français*. Los *Annales*, del abogado Linguet, eran el gran adversario de las tres potencias, los Filósofos, los Economistas y los Parlamentarios; el clero era defendido en el *Journal de la littérature* por el ex jesuita Grosier, y las *Nouvelles ecclésiastiques* expresaban las severidades y los rencores jansenistas.

La profesión de editor de periódicos iba haciéndose lucrativa. Los *Annales* producían, según se dijo, á Linguet cincuenta mil libras al año, y Panckoucke, que compraba hojas de vida lánguida para reunir las al *Mercur*, del que era propietario, seguía atentamente los cambios de opinión y trataba con miramientos ó adúlaba á las camarillas y á los personajes poderosos. Y aun había periodistas que comenzaban á sacar partido de su trabajo. La Harpe, por ejemplo, á quien se pagaba bien para que en el *Mercur* juzgase las obras literarias como regente del Parnaso.

El periodismo literario hizo la reputación de Rivarol, que con razón fué considerado como hombre de ingenio en el propio siglo del ingenio y que catalogó, zahiriéndolas de paso, las medianías literarias de su tiempo en su *Petit Almanach de nos grandes hommes (Pequeño Almanaque de nuestros grandes hombres)*. Este escritor eminente había sentado los títulos de la lengua francesa á la estimación del mundo civilizado en su *Discours de l'universalité de la langue française (Discurso sobre la universalidad de la lengua francesa)*, que fué premiado por la Academia de Berlín en 1783.

Uno de los futuros jefes de la Gironde, Brissot (3), empezó á darse á conocer con algunas paradojas sobre la propiedad, el matrimonio y la familia, instituciones que declaraba contrarias á la libertad primitiva; pero se moderó después de haber viajado y residido en Londres y en América. En el *Courrier de l'Europe*, del que fué uno de los principales redactores, aprendió también la política extranjera y se preparó para ser un hombre de Estado.

El periodista más importante fué Linguet (4), gran viajero, que visitó Polonia, Portugal, Suiza, los Países Bajos é Inglaterra, en donde permaneció largo tiempo; polígrafo que se ocupó de toda clase de asuntos, del siglo de Alejandro, de las revoluciones del Imperio romano, del teatro español, del diezmo real; hombre lleno de contradicciones, amigo primeramente de los Filósofos y reñido después con ellos; defensor paradójico

(3) Nacido en 1754, fallecido en el cadalso en 1793.

(4) Nacido en 1736, fallecido en el cadalso en 1794.

del despotismo y de la servidumbre y, sin embargo, prisionero de la Bastilla dos años por sus intemperancias de lenguaje; defensor de la autoridad y adversario de los ministros; abogado de gran talento, pero excluido del colegio de abogados por sus colegas á causa de sus ataques al foro y á la magistratura. Publicó sus *Anales* desde 1777 á 1792.

Los soberanos extranjeros, Catalina II, Federico II, Gustavo III de Suecia y varios príncipes alemanes, tenían en París, entre los literatos y hombres de mundo, corresponsales que escribían para ellos y que hacían llegar á sus manos por vías secretas verdaderos periódicos manuscritos que contenían informes varios, análisis de las comedias ó de los libros del día, noticias de la corte y de la ciudad y también la crónica escandalosa con los nombres de los personajes escritos con todas sus letras. El más célebre de estos noticieros es Melchor Grimm, el amigo de todo el mundo y más particularmente de Diderot y de los Filósofos, que, en sus cartas á la zarina y á las cortes alemanas, escribió, durante veinte años, sin pasión ni prevención alguna, la historia de la vida de París. En 1774, al ser nombrado ministro de Gotha y barón del Sacro Imperio, pasó la pluma al zuriquense Meister, que fué un buen continuador.

A algunos literatos ocurriéronse dar al público las informaciones de que sólo los príncipes disfrutaban: Metra imprimió en Neuwied, á partir de 1774, una *Correspondance littéraire* (*Correspondencia literaria*) que daba noticias de política y de literatura, y Pidansat de Maurobert y Mouffle d'Angerville publicaron, desde 1774 á 1789, las *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres* (*Memorias secretas útiles para la historia de la república de las letras*).

La prensa clandestina fué más temible para el poder que la periódica. Ni el funcionario del «gabinete negro» ni el servicio de espionaje que mantenía el gobierno en Francia y en el extranjero y cuyo personal se escogía entre consejeros del parlamento, ni los rigores del Director de la librería, del Teniente de policía y de los parlamentos, lograban impedir la publicación de folletos en los que el público leía con gusto los relatos indecentes de escándalos reales ó imaginarios. El libelo era el arma ofensiva y defensiva de los poderosos y de los ambiciosos, y los ministros tenían á su servicio escritores clandestinos: Calonne matenía, según se dijo, trescientos; Vergennes tenía á sueldo algunos en el extranjero, y el duque de Orleans, el conde de Provenza y los del partido parlamentario pagaban plumas para defender sus contiendas ó sus pretensiones. Había imprentas clandestinas en las dependencias de los castillos de los príncipes, en el Palais-Royal y en el Temple y también en los domicilios de Kornmann y del abogado Le Maitre, escribano del Consejo de Hacienda; y aun los impresores titulares del Parlamento, Simón y

Nyón, prestaban sus prensas para los mismos fines. Además llegaban del extranjero multitud de libelos mezclados fraudulentamente con mercancías. Entre los libelistas había gente de toda clase, condición y valía y hasta personas honradas; pero la mayoría eran bribones. En Londres existía una colonia de cajeros in fieles, de sacerdotes que habían abandonado los hábitos, de literatos dudosos y de libreros avezados al *chantage* que se dedicaban al libelo; y de entre esta turba sobresalen algunos individuos como Pellepore, un tuno lleno de talento y de vicios, cuyos libelos con títulos claros ó transparentes, *Les petits soupers de l'Hôtel de Bouillon* (*Las cenas íntimas del Palacio de Bouillon*), *Les amusements de Charlot et de Toinette* (*Las diversiones de Carlos y Antonieta*), *Les amours du Grand Vizir Vergennes* (*Los amores del Grand Vizir Vergennes*), tienen en perpetua alarma á la policía francesa; ó como Morande, ex dragón, estafa convertido en libelista, que habiéndose hecho célebre con un libelo dirigido contra la Du Barry, *Le gazetier cuirassé* (*El gacettillero acorazado*) (1771), consiguió que Vergennes lo tomara á sueldo y durante quince años sirvió, á su modo, al gobierno contra Linguet, Cagliostro, el duque de Orleans y José II.

Todos los escritos, fuesen de la clase que fueren, eran leídos con avidez. Young afirma que las tiendas de los libreros Debret y Stockdale de Londres, aunque muy acreditadas, «son desiertos comparadas con las de Desenne y de muchos otros, en las que á duras penas puede llegarse de la puerta al mostrador.» Los efectos de esta abundancia de escritos y de la curiosidad con que eran acogidos fueron diversos.

D'Argensón escribía de sus Memorias, allá por el año 1760:

«Hace cincuenta años, el público no sentía ninguna curiosidad por las noticias de Estado; hoy, en cambio, todo el mundo lee su *Gazette de Paris*, incluso en provincias. Se habla á tontas y á locas de la política, pero al menos la gente se ocupa de ella. La libertad inglesa nos ha conquistado y con ello la tiranía resulta mejor vigilada y siquiera se ve obligada á disfrazar su marcha y á poner cuidado en su lenguaje.»

Así se iba realizando poco á poco la educación y los filósofos conseguían «ilustrar á la vez al canciller y al zapatero;» pero con las luces y las esperanzas mezclábanse muchas ilusiones que hacían que pareciesen fáciles de resolver en un momento problemas difíciles. Además las cuestiones y las discusiones serias no eran probablemente las que interesaban á la mayoría de los lectores. Las injurias y las calumnias añadidas á la justa crítica de los abusos necesariamente habían de fomentar en el vulgo sentimientos de desprecio y de odio cuya violencia estallará algún día.

LIBRO QUINTO

LA AGONÍA DEL ANTIGUO RÉGIMEN (1781-1789)

CAPÍTULO PRIMERO

DESDE LA DESGRACIA DE NÉCKER HASTA LA DESGRACIA DE CALONNE (1781-1787) (1)

I. Reacción después de la destitución de Nécker; Joly de Fleury y d'Ormessón en hacienda. — II. Los comienzos de Calonne y de Breteuil (1783). — III. Los expedientes financieros de Calonne. — IV. La Asamblea de los notables (1787).

I. — Reacción después de la destitución de Nécker; Joly de Fleury y d'Ormessón en hacienda

Siete años hacía que reinaba Luis XVI cuando destituyó á Nécker, en mayo de 1781, sin que hubiese adelantado un paso la obra esperada de las reformas. La desgracia de aquel ministro después de la de Turgot hacía temer que el rey hubiese renunciado á las buenas intenciones que había manifestado, y esta opinión estaba justificada por varios actos llevados á cabo en aquel entonces: el hecho de ser las asambleas provinciales tratadas como sospechosas, la subordinación de las de Berry y de la Alta Guiena á los intendentes, la supresión de la del Bourbonnais, la exigencia de los cuatro grados de nobleza en los candidatos á los grados militares, las cartas patentes excitando á que se obligase á pagar los diezmos sobre los nuevos cultivos, el mijo, los forrajes artificiales y las patatas, á los que á ello se negaran, todo esto hizo pensar que la monarquía ponía su poder al servicio de los privilegiados.

Seis meses después de la destitución de Nécker falleció Maurepás, en 21 de noviembre de 1781, y la elección de sucesor agitó y apasionó á la corte. Hablóse del cardenal de Bernis y de Choiseul y la reina habría querido que se eligiese á Brienne, el arzobispo de To-

(1) FUENTES: Todas las memorias de la época citadas en los capítulos precedentes; *Remontrances au Parlement de Paris*, pub. por Flammermont, en el t. III; Mercier, t. I (*Conférence entre un ministre d'Etat et un conseiller*); Mounier (*Recherches sur les causes de la Révolution*); Sra. de Stael, *Considerations*, ya citadas; *Papiers d'Épéménail* (proceso Calonne); *Lettres de Miromesnil au Roi* («Archives nationales.» K 163, 5 de agosto y 8 de diciembre de 1786); *Correspondance Vaudrenil; Coup d'œil sur le livre rouge*. Mirabeau, *Histoire secrète de la cour de Berlin* (1786-1787), París, 1789, 2 vol. Id., *Correspondance avec La March*, pub. por de Bacourt, París, 1851. Target (*Journal de*), París, 1891.

OBRAS DE CONSULTA: Cherest, t. I; Geoffroy, de Lomenie, *Les Mirabeau*, t. III y IV. Rocquain; Stourm, t. II; Gomel, t. II, ya citados. Say (L.), *Les interventions du trésor à la Bourse* («Annales Ec. sc. politiques.» 1886). Suzanne, *La tactique financière de Calonne*, París, 1901. Vallexaux, *Mirabeau financier* («Révolution française.» abril 1898). Vührer, *Histoire de la dette publique en France*, París, 1886, 2 vol.

losa; pero el rey declaró que no quería «amo» y no reemplazó á Maurepás, poniendo, sin embargo, al frente del Consejo de hacienda al secretario de Estado de los Negocios extranjeros Vergennes, que fué, aunque sin tener el título, el principal ministro. Como tal, Vergennes se portó medianamente, pues usó de excesiva diplomacia con las camarillas cortesanas y se esforzó por contentar á la reina y á los Polignac (2).

La sucesión de Nécker había sido conferida á Joly de Fleury, consejero de Estado y ex intendente. Como en otro tiempo se había declarado contrario á la reforma de Maupeou y como, además, tenía dos hermanos en el Parlamento de París, uno presidente de mortero y otro procurador general, creyósele en condiciones de conquistar para el gobierno los favores de la magistratura. Vergennes vacilaba en aceptar un departamento para el que se creía incompetente, pero se decidió al fin ante la promesa de que muy pronto sucedería al ministro de Gracia y Justicia, Miromesnil, y aunque sin tomar el título de contralor general y no queriendo ser más que «consejero del Consejo de Hacienda.» No carecía de talento ni de conocimientos, pero era hostil á toda novedad.

No buscaba la popularidad y para enjugar el déficit resolvió crear nuevos impuestos, en vez de acudir de continuo á los empréstitos como hacía Nécker; pero el público, acostumbrado hasta entonces á ver que el gobierno atendía á los gastos de la guerra de América sin aumentar las cargas, acusó al ministro de ineptia. Fleury, en agosto de 1781, aumentó en un diez por ciento las cuotas de consumo y en veinte por ciento los derechos sobre el tabaco, y en julio de 1782 creó una tercera vigésima (3); restableció una de las más sabias reformas de Turgot y de Nécker, las supresiones de empleos; elevó nuevamente, en octubre de 1781, el número de recaudadores generales de doce á cuarenta y ocho y el de recaudadores de los pechos de doscientos cuatro á cuatrocientos ocho, en enero de 1782; restableció los cargos de tesorero general y de interventor de la casa

(2) En aquel entonces, el ministerio estaba formado del modo siguiente: ministro de Gracia y Justicia, Hue de Miromesnil; secretario de Estado de la casa del Rey, Amelot de Chaillou; secretario de Estado de la Guerra, Segur; secretario de Estado de la Marina, Castries; secretario de Estado de los Negocios Extranjeros, Vergennes, que era al mismo tiempo director del Consejo real de Hacienda; Joly de Fleury, que había sido nombrado consejero del propio Consejo, ocupa el puesto de contralor general.

(3) La primera vigésima había sido creada en mayo de 1749 y la segunda en julio de 1756, y una y otra habían sido prorrogadas en noviembre de 1771, con un aumento de veinte por ciento de la primera. La tercera debía dejar de percibirse á fines de 1786.